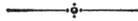


# MARI



(A FERMÍN CALBETÓN)

«En tales momentos se me presentó espontáneamente el patrón de pesca José María Zubia, con nueve jóvenes, solicitando permiso para ir también en auxilio de aquellos desgraciados, con una chalupa de su propiedad, á lo cual accedí gustoso, no sin darles anticipadas gracias por acto de tan alta abnegación. La lucha que por espacio de tres cuartos de hora, tuvieron que sostener estos diez hombres hasta que llegaron al punto en que se encontraban los náufragos, ganando al remo contra un viento huracanado y una mar horrible, sin que por un momento se les viese desmayar, es digna, sin duda, de un premio de consideración; pero nada es comparable con la serenidad, arrojo, sangre fría é inteligencia que demostraron durante la media hora que tardaron en poder recoger á los tres náufragos que existían cuando aquellos llegaron, pues el cuarto había sucumbido ya. Sotaventeados aquellos infelices y metidos ya entre las rompientes de la boca de la Zurriola, sostenidos aún por los fragmentos á que se hallaban agarrados, no desistió por eso el ánimo del patrón José María Zubia y sus nueve marineros. Se metió tras los náufragos en las rompientes, y durante media hora de agonía y de angustia, en que se encontraban las infinitas personas que presenciaban aquel alto ejemplo de humanidad, no se le vió una vez siquiera retroceder ante la inmensidad del peligro en que se hallaba, hasta que consiguió salvar á aquellos tres desgraciados, falleciendo uno de ellos al regreso de la lancha á este puerto.»

Así se expresaba el comandante de Marina de San Sebastián, en comunicación oficial al capitán general del departamento, dándole parte del horrible temporal que sufrió la costa cantábrica el día 13 de Ju-

lio de 1861 y de la heroica conducta de nueve jóvenes marineros al mando de José María Zubia, conocido con el sobrenombre de «Mari».

Testigo presencial del hecho, he querido transcribir el anterior documento histórico, en toda su elocuente concisión, para que sirva de epígrafe á esta crónica, página terrible é inolvidable, arrancada de los recuerdos de mi juventud.

\* \* \*

Pocas noches después del día de la catástrofe, el Teatro Principal, el «Teatro Pequeño», como ahora se le llama, del antiguo San Sebastián, era insuficiente para contener el público que había acudido al llamamiento de una actriz insigne y de una mujer de corazón.

Teodora Lamadrid, conmovida por el comportamiento de Mari, y ante la miseria que amenazaba á las familias de los naufragos, había organizado una función extraordinaria, en honra de aquél y para beneficio de éstos, poniendo en escena *Adriana Lecoureur*.

Momentos antes de darse comienzo al espectáculo, cuando encendidas las candilejas y la araña, reinaba en el diminuto coliseo el movimiento de atención que precede al momento de levantarse la cortina, una exclamación formidable estalló y todas las miradas se dirigieron al palco de la presidencia.

Allí, arropado, más que acompañado por las autoridades, vióse entrar á un hombre de extraordinaria corpulencia, anchísimas espaldas y hercúleo tórax; á un gigante que, apocado, trémulo, se dejó caer en el sillón presidencial y quedó incrustado en el asiento, mirando azorado á la muchedumbre, que lo aplaudía frenéticamente y lo aclamaba sin cesar.

Amplia camiseta de un rojo muy chillón cubría el pecho del coloso, y destacaba su busto de tal suerte, que llenaba el palco presidencial, con fulgores de disco, y daban al hombre el aspecto de un faro, cuyos resplandores iluminan de repente las aguas del agitado mar...

Cuando terminada la representación de *Adriana* apareció en escena toda la compañía formando artístico grupo, cuyo centro ocupaba la adorable figura de Teodora Lamadrid, se vió entrar por una de las cajas del escenario al coloso de la camiseta roja. Entró decidido, como quien afronta con los ojos cerrados, con desesperada resolución, algún peligro inminente, y dirigiéndose á la gran artista y ofreciéndole una

corona que llevaba en la mano, dijola con voz de mando, imperativa y seca:

—¡Para tí!

—¿Para mí? Para mí, no; para tí—respondió Teodora balbuciente y anegada en llanto.

Y cogiendo la corona, ciñó con ella la frente del marino y apretó con sus dos manos delicadas la diestra callosa de Mari, mientras una lluvia de flores envolvía al Heroísmo y á la Caridad, y los aplausos y las lágrimas de todo el público formaban otra corona en torno del humilde hijo del pueblo y de la renombrada actriz.

\*  
\* \* \*

Han transcurrido cinco años.

El 13 de Julio de 1861, la coronación. El 9 de Enero de 1866, la muerte.

Un noroestazo feroz nos derriba á Pepe Brotons—un condiscípulo de la escuela de Náutica, que llegó á piloto y murió hace años—y á mí, en *Cay-arriba*, obligándonos á agarrarnos con los dedos á las juntas de las piedras, mientras los sombreros vuelan y desaparecen.

Vamos allá, guiados por el grito: ¡Una lancha perdida!, que acaba de sembrar el duelo en toda la población. En efecto; cuatro míseros naufragos flotan cercanos á la isla de Santa Clara, cuya cumbre, coronada por la farola, salpican los espumarajos de las olas y que los mares, en un zarandeo espantoso, llevan á estrellarse contra las rompientes.

Una lancha larga y estrecha, una trainera, desemboca de pronto en el muelle y pone proa á los naufragos, en medio de emociones imposibles de describir.

Patroneando la trainera va un hombrón, un Hércules, envuelto en una *sira*, el *vudeste* calado hasta los ojos. Su figura, agrandada por el terrible escenario donde va á desarrollarse la tragedia, domina, como una evocación fantástica, á toda la embarcación.

Los muchachos, levantándose violentamente, apoyados en los remos, en una tensión de músculos que hace crujir los estrobos, bogan desesperadamente, cegados por el polvillo que ellos mismos levantan y por el que les azota el rostro, impelido con inconcebible furia por el huracán.

El mar, cogiéndolos de proa, arremete á la lancha, la eleva dejando su quilla al descubierto, la mantiene en vilo, mientras la ola pasa, y la hunde de golpe, de un puñetazo seco que mete en el agua el morro de la embarcación y forma remolinos en las amuras.

El viento zumba con violencia atroz; los chubascos se suceden cada vez más formidables; las olas, empujadas bárbaramente por el vendabal, agitan sus tremendos lomos y rompen en la Concha, estallan al destiempo, impacientes y rabiosas, antes de llegar al Arenal.

Y en medio de los fusilazos del cielo y del imponente hervor de los mares; en medio de aquel estremecimiento horrisono de la Naturaleza, que nos llena á todos de pavor, divísanse, al través de la neblina, el grupo de los náufragos, cuatro insectos agarrados á un pedazo de leño que flota en una penumbra hirviente, y la silueta de Mari, de pie, rígido en la popa, asido vigorosamente al remo del patrón, subiéndolo y bajándolo como un muñeco, al compás de las cabezadas, y fija la vista en la codiciada nieta, en los infelices, cuyas vidas quiere salvar. ¡Habrà salvado tantas!

¡Oh, la corona de Teodora Lamadrid! Parecía que brillaba, como nimbo de esperanza salvadora, en aquella hermosa figura de héroe, mordida por el viento, bañado de espuma, desafiando impávido las iras del horrendo temporal.

\* \* \*

Hincadas en tierra las rodillas, puestas las manos en el pretil del muelle nuevo, y asomando no más que los ojos, á causa del empuje del Noroeste, seguimos aterrados las sacudidas de la lancha que avanza lentamente, sorteando las encrespadas mares, cuando vemos de pronto formarse una ola monstruosa.

La montaña de agua levanta su lomo enorme, rizado por el vendaval, crece, sube, como un animal fantástico, va adelgazándose poco á poco hasta que su cima adquiere la reluciente finura de una daga; y, despidiendo ese vapor acuoso que precede siempre al estallido, se desploma bramando, rompe á los piés de la embarcación.

Es un zozobrar horrible: la trainera, embestida por el branque y volando por los aires, como lanzada por el coletazo de una ballena. Un grito de horror se mezcla á los rugidos del cielo, levántanse las manos, estallan los pechos, la gente corre despavorida, clamando, ges-

titulando, llorando, en un paroxismo de duelo y de terror que invade á todos.

Un segundo después, unas cuantas bolas negras flotan, subiendo y bajando al impulso de las mares, como cabezas de alfiler.

—¡Una onza de oro para cada hombre que vaya á salvar á esos valientes!—grita un aristócrata que ha presenciado la catástrofe.

—Aquí no llevamos nada por eso—contesta textualmente una voz.

Y vése salir otra trainera que manda *Holandés*, recoge á los náufragos de la lancha de Mari y vuelve con ellos á tierra, en medio del entusiasmo general. Todos están allí á bordo del ataje, todos ¡ay! menos el héroe.

Ha desaparecido instantáneamente, se lo ha tragado la tumba inmensa, como si acechara una víctima digna de su insaciable apetito. No lo han visto los compañeros, no se han dado cuenta de la desaparición de Mari, en aquella tragedia inaudita que ha arrastrado al gigante y lo ha sepultado para siempre en los abismos del mar.

Y mientras aquél Humilde tan Grande se hunde en el Océano que guardará eternamente su presa; mientras el destino interpone su mano brutal entre Mari y los desdichados á quienes quiere arrancar de las garras de la muerte, las rompientes de Santa Clara ponen digno fin y remate al drama, machacando, haciendo trizas á los insectos agarrados al madero, y llevando al fondo pedregoso de la isla cuatro nuevas víctimas de aquel día de horror.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

San Sebastián y Agosto de 1896.

